

La figura política de Leopoldo Lugones en los años veinte

Natalia Bustelo¹

Introducción

A fines del siglo XIX comienza a delinearse en el ámbito intelectual porteño un nuevo tipo de intelectual. Los jóvenes escritores, pertenecientes en su gran mayoría a los emergentes sectores medios, pretenden ser socialmente reconocidos por su actividad intelectual y conciben esa actividad como un oficio de tiempo completo, aunque muy pocos logren vivir exclusivamente de ella. Este cuestionamiento a la continuidad entre consagración literaria y posición sociopolítica, que había sido decisiva en el reconocimiento de los intelectuales de la Generación del 80, impulsa la constitución de una nueva élite literaria, que ahora se inscribe en un campo intelectual relativamente autónomo.

Leopoldo Lugones (1874-1938) será un influyente representante de ese nuevo tipo de intelectual. Su destacada participación en el modernismo estético –movimiento de una fuerte influencia en el ámbito porteño, sobre todo a partir de la promoción de Rubén Darío en la última década del siglo XIX– le permitirá conquistar el centro del sistema literario argentino durante las décadas de 1910 y 1920. Encarnará de modo prototípico la figura del intelectual-escritor, es decir, del experto en los recursos simbólicos provenientes de la poesía que se propone producir, a través de ellos, efectos materiales en el orden social. La buena acogida que reciben sus primeras publicaciones literarias, sobre todo su *Lunario sentimental* (1909), lo vuelve parte del “mercado de los prestigiosos”: aunque sus libros no se vendan, ni se lean, Lugones pertenecerá al grupo de escritores que deben conocerse si se quiere participar de la aristocracia de la cultura. Asimismo, el reconocimiento se registra, por un lado, en el lugar destacado que ocupa su obra en las antologías y, por otro, en el peso de su crítica para incluir o excluir del

¹ Estudiante de la maestría en Sociología de la Cultura, IDAES/UNSAM.

campo literario a los nuevos escritores, peso que recién será cuestionado por las vanguardias estéticas de mediados de los años veinte.

Pero la intervención de Lugones no se restringe al campo literario sino que, reconociéndose como parte de la élite letrada profesional, busca diseñar y corregir los programas culturales y políticos vigentes. Concretamente, en la década de 1910 participa del nacionalismo cultural proponiendo una imagen del ser nacional que consigue influir en las representaciones identitarias promovidas desde la esfera estatal. En la década siguiente, suma a esa propuesta cultural un discurso político que prescribe el reemplazo urgente del proyecto nacional liberal por uno autoritario y corporativista. Oponiéndose al liberalismo conservador defendido por la élite política argentina y al democratismo latinoamericanista que comienzan a proclamar voces reconocidas como las de Alfredo Palacios y José Ingenieros, así como los jóvenes embanderados con las ideas de la Reforma Universitaria, Lugones fortalecerá el clima antiliberal instaurado en el campo político y cultural a partir del inicio de la Primera Guerra Mundial a través de lo que Barbero y Devoto (1983: 42), en su clásico estudio, caracterizan como uno de los primeros nacionalismos políticos argentinos.

El presente trabajo se propone reconstruir en su trama histórica el discurso y las estrategias que el poeta consagrado despliega en la década del 20, dirigidos a legitimar tanto un determinado orden social como la posición que en tanto intelectual le está destinada en ese orden. En la primera parte, recordaremos los diferentes momentos de la relación de Lugones con la política para ubicar allí la aparición de su discurso nacionalista. En la segunda, nos detendremos en el análisis y la contextualización de tres intervenciones mediante las que Lugones logra despertar –sobre todo, en el caso de las dos primeras– grandes polémicas entre sus contemporáneos, a saber: las conferencias en el teatro Coliseo de 1923, el “Discurso de Ayacucho” de 1924 y la publicación de *La Patria Fuerte* en 1930. En este análisis no atenderemos a la inscripción del discurso lugoniano en la tradición nacionalista –enfoque ya transitado en obras como las de Buchrucker (1987), Devoto (2006) y Rock (1993)–, sino que intentaremos un primer acercamiento al análisis del lugar simbólico que ese discurso ocupó en las disputas por las representaciones culturales y políticas que atravesaron el campo intelectual y el político de la época. Nos inspiramos para ello en la teorización

propuesta por Rama (1984) y en la lectura que sobre otros intelectuales de la época realizaron autores como Terán (1986) y Altamirano y Sarlo (1997).

Lugones y su relación con la política

A pesar de las frecuentes declaraciones de Lugones acerca de su desdén por la política y de aquellas interpretaciones que siguen esa clave de lectura (Doll, 1966; Borges, 1995), es innegable que la política representa en él una preocupación permanente, desde su precoz socialismo hasta *El estado equitativo*.²

En su juventud, además de publicar los primeros poemas, Lugones será un miembro activo del Partido Socialista. Al interior de éste, formará parte de lo que en su momento se calificó como la corriente “antiautoritaria”, o bien el “socialismo revolucionario”, corriente que durante 1897 encuentra un canal de expresión en el periódico *La Montaña*, que dirigen Lugones e Ingenieros. La fuerte impronta libertaria y antiestatista con que allí es elaborado el socialismo científico será la marca distintiva del periódico frente al órgano oficial del partido, *La Vanguardia*. Bajo esta impronta, *La Montaña* propondrá ampliar los problemas involucrados en la llamada “cuestión social”: varias de las notas allí publicadas buscan mostrar que las demandas no deben acotarse al ámbito económico, sino que la moral burguesa y la mediocridad cultural son parte de los males que la revolución socialista tiene que eliminar. Esta interpretación de la cuestión social desplaza la centralidad que en la causa socialista tiene el “trabajador manual”, para asignar un lugar privilegiado al intelectual (inscripto dentro del sector obrero en tanto trabajador intelectual): no es el obrero sino el intelectual –y en especial el artista modernista– quien, en tanto encarna el espíritu cultivado y antimaterialista, se enfrenta al orden burgués y se propone como la figura radicalmente opuesta a la del político, esto es, a los representantes de la élite política argentina en quienes se condensa la hipocresía y vulgaridad de la sociedad burguesa (Tarcus, 2007: 413-425).

Pero rápidamente ese lugar destacado que los directores de *La Montaña* asignaban al intelectual comienza a primar sobre la crítica a la sociedad burguesa, y tanto Lugones como Ingenieros se alejan del socialismo para tender lazos menos tensos entre sus

² Ya Rubén Darío en 1896 lanza a Lugones a la escena pública como un “poeta socialista” (“Un poeta socialista”, *El tiempo*, Buenos Aires, 1/05/96) y décadas más tarde, pese a los intentos de éste de disociar ambas esferas, Deodoro Roca aún puede ironizar sobre “la desconcertante acción de este «apolítico» que desde algunos años a esta parte, sólo se ocupa de política” (Roca, 1956: 321).

habilidades intelectuales y la élite liberal que controla el Estado. En los años siguientes, Ingenieros construirá su autoridad intelectual desde el lugar del experto en la sociología científica; desde ese lugar interpelará, hasta finales de la Primera Guerra, a la élite gobernante para proponerle lo que considera como las soluciones institucionales a los males de la sociedad liberal. En cambio, Lugones presentará su talento poético como el rasgo que le permite articular legítimamente una mirada prescriptiva –dirigida también a la élite– sobre la sociedad. Siguiendo estrategias diferentes, ambos lograrán convertirse en los intelectuales de mayor reconocimiento de los años 10 (Terán, 2008: 37-38).

Así, a medida que la consagración literaria de Lugones se consolida, desaparece de su discurso tanto la reivindicación de la cuestión social –al punto de negar abiertamente la existencia del conflicto social durante las huelgas que dificultan los Festejos del Centenario– como la fuerte crítica al orden liberal. Marcas del acercamiento de Lugones a la élite gobernante serán su ingreso en el ministerio de Justicia e Instrucción Pública como Inspector de escuela y su posición en los debates públicos en torno a la reforma educativa. Asimismo, en 1903 Lugones liga fuertemente su figura pública a la élite al pronunciar en el teatro Victoria una conferencia que refrenda las críticas de Roque Sáenz Peña al presidente y su candidato³. El halago público de la obra de Roca que, en el marco de la campaña presidencial de Manuel Quintana, realiza el poeta hasta entonces comprometido con el socialismo será inmediatamente ridiculizado en las páginas de *La Vanguardia* (Dickmann, E., “Conciencias vendidas”, 14/11/1903).

Pero son las conferencias en el teatro Odeón de 1913 –a las que asiste incluso el presidente de la Nación– las que posibilitan que el estrecho vínculo entre Lugones y el sector liberal dé su fruto, pues en su marco la élite política reconoce en Lugones al poeta de la patria (Terán, 1993). El discurso de Lugones responde a la demanda de definición de la argentinidad, emitida por el gobierno, a través de la interpretación del *Martín Fierro* como el poema nacional fundante de la épica argentina. En abierto rechazo a la tradición hispánica cristiana y al estilo demostrativo de los ensayos positivistas predominantes en la época, la versión espiritualista de la nacionalidad esbozada por Lugones sostiene que la “crisis identitaria y moral” que vive la Argentina se supera con la inscripción de nuestro proceso civilizatorio en la tradición grecolatina. Tanto Darío como Lugones se habían valido, en sus obras conmemorativas en torno a

³ Reproducida como “Conferencia política” en *Antología de la prosa* (1949): Buenos Aires, Centurión.

1910, del acervo modernista para explicitar los lazos grecolatinos de la patria centenaria. Pero es a partir de las conferencias del Odeón, y de la versión ampliada que se publica en 1916 bajo el título de *El Payador*, que esa pretendida filiación comienza a operar de modo eficaz en el imaginario nacional. Pues a pesar de las reacciones que las conferencias provocan en el mundo intelectual, la élite gobernante retoma la ecuación criollista lugoniana para impulsar un modelo de nacionalidad que consigue arraigarse en la representación de la identidad nacional (Terán, 1993: 46; Devoto, 2006: 113-117).

Pero Lugones pretende extender su intervención en la cultura más allá de la cuestión identitaria. Así, utiliza su autoridad persuasiva para proponer modificaciones a la política vigente, modificaciones que –a diferencia de su respuesta a la cuestión nacional– no encontrarán resonancias en la élite política. En sus artículos de *La Nación* (diario del que es colaborador estable desde 1911), Lugones comienza a alternar los temas de literatura y cultura con los de política actual. Allí desarrolla su crítica a la reforma electoral impulsada por el sector reformador del liberalismo, a la falta de selección sobre la inmigración, a los partidos políticos, el parlamentarismo, el militarismo y la política en general. Asimismo, reclama que la Argentina suscriba a una política panamericana y, avanzada la década, se convierte en un defensor activo de la posición aliada en la Primera Guerra Mundial⁴ así como en un fuerte crítico del plebeyismo del gobierno radical.

En síntesis, cuando se atiende a las intervenciones políticas de Lugones durante las dos primeras décadas del siglo XX, se descubren varios desacuerdos entre las ideas de la élite gobernante y las defendidas por el poeta. A pesar de ellos, la influyente participación de Lugones en la construcción estatal descendente de la identidad nacional señala el alejamiento definitivo de su figura pública del socialismo y su vinculación estrecha, aunque no carente de tensiones, con el proyecto liberal conservador (Devoto, 2006: 92, 112-113).

Pero una vez desplazada la élite gobernante del centro del poder estatal, los lazos de Lugones con el liberalismo comienzan a distenderse. En efecto, la crisis mundial del pensamiento liberal y el avance de la democracia en el ámbito nacional parecen operar

⁴ Producto de esa crítica son la publicación de *Mi beligerancia* (1917) y *La torre de Casandra* (1919), dos recopilaciones de sus artículos de *La Nación* donde interpreta el conflicto bélico. Lugones publicita también su posición a favor de los aliados a través de una activa participación en el Comité Nacional de la Juventud (Tato, 2007).

como fuertes motivos que conducen al poeta a concebir la necesidad de agregar, a su modelo cultural y a sus críticas de la política, el diseño de un nuevo proyecto de nación. A comienzos de los años 20, Lugones ya no se interesa por construir un discurso sobre la identidad nacional que se incorpore a la ideología liberal a título de legitimación cultural, sino que busca hacer prevalecer una ideología antiliberal y autoritaria, que se propone reorganizar la sociedad a través de la conducción de los “capaces”. En ese sentido, escribe a fines de 1925 en *La Nación*:

[...] cumpro el deber patriótico de advertir el peligro a los capaces, distraídos, quizá, en una seguridad engañosa. Las llaves de la paz son de oro y hierro y no están en los parlamentos ni en las urnas de sufragiar [...] impónese cada vez más que procedan los capaces (Lugones, 1930: 40-41).

Lugones se convierte desde entonces en el vocero de un nacionalismo político que predica la eliminación de las instituciones liberales para dar paso a un gobierno dictatorial. Pero en contra de las expectativas de quienes habían colaborado en su consagración como el poeta de la patria, proclama que no son los miembros de la vieja élite criolla los capaces que deben proceder, sino más bien las Fuerzas Armadas.

La intervención política de Lugones en los años veinte

Con las repercusiones de *Lunario Sentimental* y sus resonantes conferencias en el Odeón, Lugones consolida su ubicación central en el naciente campo literario argentino. En los años veinte, si bien los jóvenes vanguardistas comienzan a socavar los cimientos de esa consagración (Sarlo, 2007: 95-96), aquel puede valerse de ésta para hacer oír su prédica nacionalista. Esa operación junto a las tesis centrales de su prédica y sus repercusiones es lo que nos proponemos analizar a continuación.

I. Las cuatro conferencias patrióticas del Coliseo

Las conferencias pronunciadas en el teatro Coliseo⁵ son la marca más visible del comienzo del intento lugoniano de extender la eficacia de su palabra literaria al campo de la política en busca de una legitimación de su propuesta autoritaria. En presencia de

⁵ Publicadas como *Acción. Las cuatro conferencias patrióticas del Coliseo*, Buenos Aires, Círculo Tradición Argentina, 1923. La primera conferencia ha sido también reproducidas en Lugones, 1949.

varios ministros y miembros de las Fuerzas Armadas, el poeta proclama a lo largo de sus cuatro conferencias la necesidad de subordinar el poder civil al militar como único medio para conjurar la doble amenaza que vive la patria. La primera amenaza proviene del exterior: todo país corre riesgo de ser invadido y por ello debe contar con un ejército ofensivo; sin embargo, el gobierno de Yrigoyen pone en riesgo la nación al sostener la falaz doctrina de la “paz armada” y creer que “nos basta un ejército defensivo”. La otra amenaza es interna, viene de un determinado tipo de inmigrantes: “Una masa extranjera disconforme y hostil, que sirve en gran parte de elemento al electoralismo desenfrenado” (Lugones, 1949: 368).

Como lo había hecho en ocasiones anteriores, Lugones niega explícitamente la legitimidad de la “cuestión social”; sostiene que se trata de un llamado al caos alentado por ideas ajenas a la realidad del país: “A la discordia nos la han traído de afuera”, pues los supuestos reclamos argentinos consisten en:

una insolente solidaridad con el crimen. Huelgas de rebelión contra el país, declaradas por una inmensa mayoría extranjera. [...] se trata de una consigna, tendiente a realizar el programa del maximalismo ruso y sus adherentes más o menos encubiertos (ídem: 369-371).

A través de esta lectura del conflicto social, Lugones rechaza la identificación del maximalismo con el judaísmo que las asociaciones auspiciantes de sus conferencias –la Liga Patriótica Argentina y el Círculo Tradición Argentina– habían propiciado enérgicamente, sobre todo a partir de los acontecimientos de la Semana Trágica en 1919 y las huelgas de la Patagonia de 1921. Y por otro lado, retoma la clave conspirativa utilizada por esas asociaciones para interpretar varias cuestiones altamente debatidas en la escena local, a saber: el lugar de los inmigrantes en la sociedad, el conflicto social y las ideas socialistas, comunistas y anarquistas.

A esta lectura de los hechos. Lugones agrega, en su última conferencia, una propuesta política que lo aparta de la posición liberal sostenida por las asociaciones y que inaugura una tensión entre la Liga Patriótica y Lugones que se prolongará en los años siguientes. Según Lugones, al escenario amenazante debe sobreponerse la disciplina nacional, que requeriría, entre otras cosas, la selección de los inmigrantes, el fortalecimiento del ejército y la eliminación del electoralismo corruptor y del oneroso parlamentarismo. Estas reformas deberían inspirarse en un experimento político que Lugones encuentra

ejemplificador: “Italia acaba de enseñarnos cómo se restaura el sentimiento nacional bajo la heroica reacción *fascista* encabezada por el admirable Mussolini” (ídem: 371). Buscando restaurar ese sentimiento en estas tierras, Lugones cierra sus conferencias con una convocatoria ciudadana a la formación de una Guardia Nacional Voluntaria, cuyo propósito sería el de ejercer, en subordinación al ejército, violencia política contra los enemigos de la patria.

Además del tono exaltado y el carácter polémico de la interpretación del conflicto social, otros factores cooperan para que las conferencias no pasen inadvertidas: ellas provienen de uno de los poetas más prestigiosos del país y son enunciadas en un espacio de gran exposición. A esto se suma la influencia de la gran prensa, pues *La Nación* y *La Prensa* promoverán la visibilidad de las conferencias al publicitarlas y reseñarlas elogiosamente –sobre todo, en el caso de las dos primeras.

Las reacciones son inmediatas: tanto las asociaciones de inmigrantes como los liberales y la izquierda rechazan públicamente la xenofobia y el antiliberalismo de Lugones. En el marco de esa polémica, Natalio Botana inicia en *Crítica* una campaña contra el poeta, campaña que reemprenderá ante otras intervenciones políticas de Lugones. Asimismo, el diputado yrigoyenista Romero David Saccone presenta un pedido de interpelación, e incluso Manuel Carlés –quien, como presidente de la Liga, había inaugurado el ciclo de conferencias, y que en los años siguientes se convertirá en un ferviente propagandista del nacionalismo autoritario– se declara en contra de la crítica lugoniana a las instituciones liberales.⁶

En lo que respecta a la izquierda, las críticas a las ideas de Lugones ocupan un lugar central tanto en las páginas de *La Vanguardia* como en las publicaciones de las asociaciones estudiantiles reformistas. En ese marco, se organiza una conferencia en la que el socialista Alfredo Palacios, defensor activo de la Reforma Universitaria y por entonces decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, se propone refutar las ideas del poeta.

En la conferencia que dirige a la “juventud estudiosa”, Palacios identifica la reacción antidemocrática de Lugones con la expresión local de “la importación absurda del

⁶ “Ni la Liga Patriótica está de acuerdo con el señor Lugones”, *Crítica*, 1923: 18/7, y “Temas del momento”, *El telégrafo*, 1923: 21/7. Respecto de la gran prensa véase *La Nación*, 1923: 4, 7/7 y *La Prensa*, 1923: 6, 7, 12, 15, 18/7. Puede encontrarse una reseña de las conferencias y una lista de los distintos artículos periodísticos aparecidos luego de cada conferencia en Pultera, 1956: 199-219.

fascismo” (Palacios, 1961: 65) y se detiene en una minuciosa reinterpretación de la “doble amenaza” a la que se había referido Lugones. La “amenaza externa”, según Palacios, no provendría de los países vecinos, sino de la política imperialista de los EEUU; asimismo, para combatirla no sería necesaria la violencia del ejército y de la sociedad civil, sino el fortalecimiento de los vínculos entre los países de “Nuestra América”. Respecto de la “amenaza interna”, el desorden producido por el legítimo reclamo obrero sólo se eliminaría a través del afianzamiento de las instituciones democráticas y del avance de la democracia económica.

Las ideas de Lugones aparecen, entonces, enfrentadas a los ideales latinoamericanistas y democráticos del reformismo.⁷ Pero si Palacios reacciona contra esas ideas no es, afirma, a raíz de su tenor ideológico, sino porque provienen de un intelectual que ha realizado una importante contribución a las letras del continente.

Lugones, dando rienda suelta a su fantasía, presenta su ‘plan de acción’, que provocaría hilaridad y no merecería los honores de la refutación, si no hubiera sido formulado por un hombre cuyo magnífico talento literario tiene una influencia apreciable en América (Palacios, 1961: 64).

Palacios promueve aquí un modo de ubicar las intervenciones políticas de Lugones en el campo intelectual que –como veremos– será retomado por otros reformistas. Se trata de una operación simbólica que es el reverso de la que por esos mismos años realizan las vanguardias estéticas, con quienes los reformistas comparten el espíritu de renovación generacional del campo intelectual (Sarlo, 2007: 108-113). Puesto que, mientras que la descalificación de la figura pública de Lugones emprendida de modo emblemático por la revista *Martín Fierro* se ciñe de manera exclusiva al talento literario del poeta, para los renovadores ideológicos es el reconocimiento literario el que justifica la reacción contra unas afirmaciones políticas que se saben insostenibles.

II. El Discurso de Ayacucho

En diciembre de 1924, Lugones encuentra un nuevo escenario para exponer sus controvertidas ideas políticas. El presidente peruano, Augusto Leguía, invita a

⁷ Esta oposición será también señala por el mismo Lugones dos años después en un artículo en el que critica los puntos centrales de la Unión Latino-Americana, fundada en marzo de ese año por Ingenieros, Palacios, Deodoro Roca y otros reformistas (“La América Latina” reproducido en Lugones, 1930: 103-112).

intelectuales y altos funcionarios de distintos países a una fastuosa celebración del Centenario de la batalla de Ayacucho. El clima político del Perú se encuentra convulsionado por las protestas contra la orientación dictatorial del presidente, y la participación en los festejos implica un posicionamiento político que divide a los intelectuales: José Ingenieros, Ramón del Valle Inclán, José Vasconcelos, Gregorio Bermann y Romain Rolland se niegan a asistir en signo de desaprobación a la política represiva del presidente, en cambio intelectuales como Lugones, José Santos Chocano y Francisco Villaespesa serán los representantes de sus respectivos países.

Lugones viaja a Lima con la delegación argentina que preside el ministro de Guerra, Agustín P. Justo, y el 17 de diciembre pronuncia en “La fiesta de los poetas” su famoso “Discurso de Ayacucho”. Allí vuelve a intentar extender su consagración literaria al campo político, pues convocado como el poeta portador de un bello decir, aprovecha su autoridad literaria y la gran audibilidad que le confiere ese espacio para proponer una interpretación del pasado que busca desprender efectos concretos sobre las prácticas políticas del presente. La batalla conmemorada, según Lugones, no es un mero símbolo de la independencia hispanoamericana, como estaría dispuesta a aceptar la historiografía oficial, sino más bien la prueba de la capacidad política del ejército, esto es, de que éste constituye el único actor social apto para corregir el desorden y la demagogia que padecen en la actualidad las sociedades de Hispanoamérica como consecuencia de la democracia, el colectivismo y el pacifismo. El ejército

es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza (Lugones, 1930: 12).

Olvidando su llamado a una organización de masas, formulado en las conferencias del Coliseo, y su ferviente antimilitarismo juvenil todavía defendido en la década anterior, Lugones explicita, en su célebre afirmación: “Ha llegado, para el bien del mundo, la hora de la espada”, la convocatoria a la élite militar que aparecía insinuada en su declarada admiración al fascismo de 1923.

A través de ese explícito posicionamiento político, Lugones se convierte en el defensor más visible y discutido del autoritarismo dentro del espacio latinoamericano. En efecto, al igual que las conferencias, esta nueva intervención será fuertemente criticada en el

espacio local, pero esta vez se sumarán las reacciones de los intelectuales del continente alineados bajo los principios de la Reforma Universitaria. José Vasconcelos, quien en su visita al país en 1922 había sido recibido por los reformistas argentinos como “el maestro de la juventud de América”, publica en enero de 1925 en *La Antorcha* el artículo “Poetas y bufones”, donde distingue entre los verdaderos poetas que defienden los ideales de libertad y democracia, y los bufones que, como Lugones y Chocano, priorizan la comodidad personal sin importarles que su pluma quede al servicio de los dictadores (Rodríguez, 1926: 11-18). Vasconcelos propone allí distinguir –como lo había hecho Palacios– entre el talento literario de Lugones y su pensamiento político. Pero a diferencia de la refutación realizada por Palacios, Vasconcelos no identifica estas nuevas afirmaciones políticas de Lugones con el fascismo ni les confiere demasiada relevancia. Afirma que

[Lugones] es un buen hombre, cultísimo, de trato fino y agradable y dotado de una inteligencia que cautiva cuando no deslumbra [...] tiene la excusa de que no sabe de estos valores [que predica], porque siempre ha vivido en la civilizada Argentina. Él conoce los episodios de fuerza sólo en los poemas de Homero [...] Yo sé que en la Argentina se ha desarrollado toda una campaña encaminada a desmentir y contrariar el pensamiento de Lugones, pero creo que la situación se exagera. A Lugones hay que calmarle los nervios atemorizados (Rodríguez, 1926: 14-17).

Aunque la crítica de Vasconcelos apunta tanto a Lugones como a Chocano, sólo este último responde; y esa réplica inicia una polémica con los jóvenes reformistas peruanos que encuentra un trágico desenlace.⁸ Esta vez, la discusión alcanza también las páginas de *Repertorio Americano*: los intelectuales que colaboran en la revista costarricense se sienten interpelados por las ideas políticas de Lugones, abriendo un debate en el que el argentino sí decide participar.⁹ El resultado será la identificación de Lugones y Chocano como las figuras diametralmente opuestas a los “maestros de la juventud” –entre los cuales, desde enero de 1925, se encuentra también Palacios (Palacios, 1961: 79).

⁸ El 31 de octubre de 1925 Chocano asesina a Edwin Elmore, uno de los jóvenes defensores de la posición de Vasconcelos con el que aquel mantiene una disputa periodística. Desde la cárcel Chocano continúa defendiendo su posición a través de la edición de *La escuela de los farsantes*; como respuesta el periodista José Rodríguez publica los artículos de la polémica de 1925 en *Poetas y bufones: polémica Vasconcelos-Chocano* (Yankelevich, 2000).

⁹ Entre otros, escriben allí el español Luis Araquistain, el costarricense Roberto Brenes Mesén, el mexicano Baltasar Dromundo y el chileno Enrique Molina (Conil Paz, 1985: 320-323).

En la Argentina, las asociaciones estudiantiles también toman partido en contra de Lugones y Chocano y a favor de Vasconcelos. Asimismo, el diputado Saccone vuelve a reaccionar ante las declaraciones de Lugones: dado que éste había pronunciado su discurso como representante, entre otras cosas, del ministerio de Justicia e Instrucción Pública, el diputado pedirá la interpelación del ministro (Conil Paz, 1985: 320). En lo que respecta a la fracción liberal, las reacciones llegarán a las páginas de *La Nación*. Aunque el diario publica desde 1923 los artículos de Lugones contra el sistema democrático¹⁰, editará el Discurso censurando las afirmaciones militaristas y no accederá al pedido formulado por Lugones de que se reproduzca en su versión completa. Por otra parte, cuando se desata el debate en torno a Vasconcelos y Chocano, *La Nación* hará explícito su rechazo a la politización del ejército. En efecto, en octubre de 1925 un editorial condena a los regímenes de fuerza en nombre de la “civilización europea” y declara que “no somos un pueblo militar y no se percibe la menor tendencia al militarismo” (“Los militares y la política”, *La Nación*, 3/10/1925). Este rechazo se completa con la publicación de una nota del teniente general Pablo Riccheri, decano del ejército profesional y creador del servicio militar obligatorio, en la que se advierte a los jóvenes oficiales contra la tentación de apartarse de sus objetivos específicos (“Los militares y la actividad política”, *La Nación*, 20/10/1925). Según Rouquié, en 1924 “todavía se está lejos de un consenso militarista y los órganos de la prensa de los grupos dominantes se sienten bastante seguros como para poner en su lugar al ejército y sus aduladores” (Rouquié, 1986: 173). Pero tres años más tarde, tras la reelección de Yrigoyen, esa sensación de seguridad se debilita y *La Nación* concede a Lugones la posibilidad de publicar sus ideas favorables a la instauración de un gobierno militar.

III. La Patria Fuerte

Los artículos recopilados en *La Patria Fuerte* nos permiten ahondar en las ideas que Lugones pregonaba en los años veinte. En el libro –compuesto de un Prefacio, la primera reproducción completa del “Discurso de Ayacucho” y una serie de artículos publicados en *La Nación* entre 1925 y 1929–, Lugones desarrolla su posición sobre varias

¹⁰ Lugones publica en ese año una serie de artículos que exponen sus ideas anticonstitucionales: “El fracaso ideológico”, “La ilusión Constitucional”, “Estado de fuerza” y “Progresismo y realidad”; y en 1924 continúa desarrollando esas ideas en “El finalismo progresista”, “la crisis mayoritaria”, “La quimera finalista” y “La iniquidad dionisíaca”.

cuestiones relativas a la agenda política de la época; entre ellas, la participación en la Liga de las Naciones y la cuestión del desarme, las relaciones con la Italia fascista y la Rusia maximalista, el panamericanismo, y la condena a Sacco y Vanzetti. Aquí nos detendremos en la concepción de la política que recorre esos artículos, pues además de determinar la posición que asume Lugones sobre temas de actualidad, ella aparece como la justificación central de la tesis sobre la necesidad de una dictadura militar.

En el Prefacio, luego de sus usuales elogios a las Fuerzas Armadas, Lugones ratifica la verdad de la tesis del Discurso y propone una interpretación acerca de las polémicas que aquel había desatado seis años antes:

Aquella pieza, por ser lo que debía ser, UNA GLORIFICACIÓN DE LA ESPADA, provocó la diatriba del liberalismo continental contra el ejército y contra mí, anudando un nuevo vínculo, que tanto me enaltece, y comportando al propio tiempo toda una revelación. La demagogia enfurecida tiró su máscara. Su concubinato socialista se destapó (Lugones, 1930: 9, destacado del autor).

A través de esa interpretación, Lugones toma partido en el debate que divide en esos años a los grupos conspiradores contra el gobierno de Yrigoyen. La glorificación de la espada –que desenmascararía la doctrina liberal igualándola al pusilánime socialismo– pretende probar la necesidad de una dictadura militar reformadora de las instituciones vigentes, salida política que en esos años defienden los nacionalistas reunidos en torno a la figura de José Uriburu, y que se opone al liberalismo conservador de los conspiradores agrupados en torno a Agustín Justo.

Para probar esa discutida cualidad política del ejército, Lugones se detiene en el desarrollo de una concepción vitalista de la política que aparecía fugazmente mencionada en el Discurso. Recurriendo a un acervo nietzscheano de gran circulación en la época, busca mostrar la continuidad entre la vida en sentido biológico y la existencia de las naciones, y con ello la continuidad entre la fuerza *de hecho* que opera en los organismos biológicos y la fuerza *de derecho* ejercida en las relaciones políticas. El poeta parte de la caracterización de las entidades vitales como estados de fuerza, esto es, como potencias que utilizan su fuerza para conquistar el alimento que les permite subsistir; aceptado esto, transfiere esa característica a las entidades sociales:

[...] siendo, a su vez, las sociedades una congregación de entidades vitales que así proceden, su organización tiene que corresponder a la idéntica biología [...] La distinción metafísica entre espíritu y materia, o fuerza y derecho, no es más que una sutilización ideológica (ídem: 22).

La reducción del funcionamiento de la sociedad al de la vida biológica borra la distinción cualitativa entre *hecho* y *derecho* que está en la base de la concepción liberal de la política. Así, la fuerza ejercida por un grupo de personas y la ejercida por un gobierno elegido sólo se distinguirían por la cantidad de fuerza que cada colectivo es capaz de movilizar. La política sería un mero arte de dominar, pues su legitimidad no se fundaría en la soberanía popular, sino en la fuerza que sólo ciertos individuos son capaces de acumular:

La especie humana divídese en una mayoría de individuos nacidos para el deber, y un grupo de otros que poseen la capacidad nativa de darse su propia ley, según les agrada. Son éstos superiores en el bien o en el mal [...] Ellos son, pues, los que saben mandar [...] Jerarquía, disciplina y mando, son las condiciones fundamentales del orden social, que no puede, así, subsistir sin privilegios individuales [...] lo que supone cierta dosis de iniquidad en el sistema, o sea su imperfección inevitable, y con ello la necesidad de conservarlo por la fuerza. Siempre habrá individuos predestinados a trabajar para otros y a padecer por ellos. Es que la vida no triunfa por medio de la razón ni la verdad, sino por medio de la fuerza (ídem: 39).

Según Lugones, toda sociedad debería reconocer que, en definitiva, su organización interna responde a las aptitudes innatas de sus miembros; e incluso las relaciones entre naciones se rigen por la “vida que triunfa por medio de la fuerza”, pues la guerra y la conquista son funciones vitales del género humano, y la paz entre naciones no es más que el equilibrio entre la fuerza de las distintas naciones (ídem: 40).

Aclarada la naturaleza de la política, Lugones aplica esa concepción a la interpretación de los acontecimientos recientes. Las fuerzas que se enfrentan en la Gran Guerra serían la primera “confirmación positiva mediante una expresión histórica de carácter general y una información científica concurrente” de las falacias que orientan a la doctrina liberal, y específicamente a la ideología democrática y pacifista (ídem: 22). A ella se suman, por un lado, las políticas imperiales y la negación al desarme que se descubre en las naciones que dicen apoyarse en principios liberales y, por otro, el fascismo y el

maximalismo en tanto nuevas organizaciones políticas que se guían explícitamente por la fuerza.

La posición política sustentada por Lugones aparece, entonces, como el resultado de la lectura correcta de los últimos sucesos históricos:

Ante la democracia ideológica y falaz de los derechos del hombre, se alza ahora la realidad de la nación. Ante el gobierno consentido, el mando. Ante el racionismo, la disciplina. Ante la libertad de las fórmulas el bienestar de los hechos. [...] en las reorganizaciones nacionales a que asistimos, el Ejército y Armada dejan de ser meros instrumentos de los políticos, para cooperar directamente en la formación del estado [...]. Así la evolución y la experiencia restablecen en el mundo latino aquel sistema tan suyo que fué el Imperio Romano: gobierno militar al cual corresponde el más grande éxito político que se conozca [...] (ídem: 71-72).

La “evolución” y la “experiencia” mostrarían, a quien es capaz de ver, la caducidad del proyecto de nación liberal y su necesario reemplazo por otro que, asignando un papel político al ejército, entienda la acumulación de fuerza como el fundamento de la política. Siguiendo esta naturalización de la política, la argumentación de Lugones no dice apoyarse en un ideal de justicia, sino en una descripción que, pegada a los hechos, explicita la fuerza que el fenómeno político comparte con todo lo vivo, y que a la vez desarticula todo proyecto racional que conciba la política como artificio humano. Lugones no pide, entonces, ser concebido como un teórico de la política, sino como un patriota que, habiendo descubierto la clave de los nuevos tiempos, cumple con el deber de divulgarla:

Todos aquellos que no somos, pues, políticos ni militares, sino únicamente patriotas ajenos al interés profesional, defendemos en la disciplina un bien supremo de la nación; y deseamos que lejos de convertirse en instrumento de nadie, el ejército sea dueños de su destino (ídem: 8).

La lectura de los artículos muestra que ese destino se solapa con el de la nación: la fuerza que acumula el ejército lo convierte en el único gobierno legítimo, pues sólo ella es capaz de reorganizar la nación para salvarla del caos. Pero la acumulación de fuerza no garantiza la comprensión precisa de los hechos. Para que la fuerza militar no se convierta “en instrumento de nadie”, debe ser guiada por un correcto análisis. Esa es la

función que Lugones parece asignar tanto a *La Patria Fuerte* como a sus otras intervenciones de la década.

Y justamente en el momento en que se publica el libro, la vinculación entre quienes a los ojos de Lugones concentran la fuerza política y quien es capaz de indicar la dirección adecuada parece ser un hecho. Pues el financiamiento de la publicación por parte del Círculo Militar y la distribución gratuita entre sus socios dos meses antes del golpe de Estado señalan cierta audibilidad de la prédica lugoniana entre los militares conspiradores. En efecto, la publicación marca un momento significativo en la operación simbólica que Lugones había comenzado a realizar casi una década atrás, ya que parece confirmar tanto la politización de los militares cuanto la existencia de un vínculo estrecho entre el poeta y el inminente nuevo gobierno. Y para terminar de consolidar su puesto de intelectual de la revolución, Lugones diseña el programa del futuro gobierno, que –publicado en agosto de 1930 como *La grande Argentina*–, no logrará su pretendida eficacia política.

En lo que respecta a las repercusiones, esta vez Lugones consigue que sus declaraciones sean retomadas por la nueva fracción política, el nacionalismo antiliberal reunido en torno a Uriburu, pero ellas no desatan demasiadas reacciones en el campo cultural. Embarcados en una virulenta campaña periodística en contra del presidente, tanto liberales como socialistas y reformistas ya no se muestran preocupados por el ataque a la institucionalidad democrática realizado por Lugones. Más bien, a pesar de su militarismo, las críticas lugonianas al sistema político vigente y el llamado a una política impartida por los capaces ahora parecen poder articularse dentro del conjunto de voces diversas que confluyen en la deslegitimación del gobierno.

En este sentido, aunque existe una breve polémica contra *La Patria Fuerte* iniciada por un importante líder del reformismo, la disputa que este sector habían mantenido con Lugones parece haber concluido luego del prolongado debate en torno a las declaraciones de Ayacucho. En efecto, pasado un mes del golpe militar, será Deodoro Roca quien en su columna “Las obras y los días” del diario *El País* de la ciudad de Córdoba retome la idea de Vasconcelos del “poeta-bufón” para terminar caracterizando a Lugones como un “león de alfombra”, pues a través de sus afirmaciones sobre la llegada de la hora de la espada éste se mostraría como una fiera que en lugar de infundir

temor “apenas sirve para adornar y calentar mármoles fríos en palacio de poderosos” (*E.P.*, 5/10/1930, cit. en Roca, 1956: 320).¹¹

Roca concibe la prédica lugoniana como la contratara del “estado de conciencia” de la Reforma, que paradójicamente encontraría su inspiración en antiguas intervenciones de Lugones. Y al igual que los otros reformistas, reacciona contra la prédica lugoniana no por su solidez argumentativa, sino porque proviene de un “escritor desigual y enorme que tiene, en cierto modo, la impresionante y áspera belleza de una fuerza natural” (Roca, 1956: 321). En ese sentido propone distinguir entre el “poeta prodigio” y el “charlatán de plazuela” cuyas ideas políticas son el producto de “la vanidad pueril de Narciso” que se da en los niños prodigio (ídem: 331).

Más allá de esta caracterización, a medida que avanza el año 1931 y se estabiliza el gobierno de Uriburu, será evidente que Lugones no ha logrado conquistar el puesto del intelectual que orienta la construcción de un nuevo proyecto nacional. Ante la demora de sus pregonadas reformas institucionales, Lugones intensifica su intervención a través de la publicación de *La política revolucionaria*, una nueva recopilación de notas en las que elogia los logros de la gestión, critica todo afán electoralista y señala los puntos que el gobierno debe profundizar. Pero a pesar de la campaña lugoniana –y de la de otros nacionalistas–, la tendencia antiliberal no consigue prevalecer dentro de la élite gobernante. La convocatoria electoral decidida por Uriburu en octubre de ese año sella el desplazamiento de los intelectuales nacionalistas del poder estatal, a la vez que señala el fin de la prolongada intervención política de Lugones en las páginas de *La Nación*.¹² En los dos años siguientes, Lugones insiste en animar distintos grupos nacionalistas, pero han pasado sus días de figura polémica y sus intervenciones ya no consiguen ocupar el centro de los debates intelectuales y políticos.

Algunas observaciones finales

Vimos que en los años veinte Lugones se propone una ambiciosa intervención en el espacio social: el poeta consagrado quiere ser concebido como el conductor teórico de un proyecto de nación que, rivalizando con el liberal vigente, se presenta como la única

¹¹ Con la referencia encubierta que Lugones realiza en un reportaje al diario Córdoba el año siguiente, se inicia una breve polémica entre las figuras.

¹² Lugones vuelve a escribir para *La Nación* en 1936 hasta su muerte en 1938, pero se trata ahora de notas sobre temas culturales o literarios exclusivamente (Conil Paz, 1985: 437).

salida a la “crisis amenazante que vive el país”. En efecto, para tornar audible su prédica política, Lugones utiliza como plataforma su consagración literaria, que sigue ampliamente vigente pese a las críticas que comienzan a dirigirle las vanguardias estéticas.

La exhortación lugoniana a una dictadura militar logra de este modo hacerse oír y no deja de provocar la reacción adversa de distintas fracciones del campo intelectual y el político. Para comprobar esto, nos detuvimos en las críticas que realizan tres intelectuales comprometidos con los ideales democráticos y latinoamericanistas de la Reforma Universitaria. Llamativamente para Palacios, Vasconcelos y Roca la intervención política de Lugones no alcanza el rango de un verdadero discurso político que rivalice con los ideales reformistas. Esos intelectuales reaccionan contra las “fantasías que provocan hilaridad”, las “bufonadas retóricas” o las “increíbles payasadas” provenientes de un hombre al que le reconocen un importante papel en las letras del continente y un gran talento literario. En ese sentido, podría señalarse antes de concluir que la ubicación de Lugones en el campo intelectual propuesta por esos renovadores político-ideológicos involucra una valoración inversa a la que durante esos mismos años realizan las vanguardias estéticas.

Bibliografía

ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz (1997): *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel.

BARBERO, María Inés y DEVOTO, Fernando (1983): *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL.

BORGES, José Luis (1995): *Lugones*, Buenos Aires, Troquel.

BUCHRUCKER, Cristian (1987): *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.

CONIL PAZ, Alberto (1985): *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Huemul.

DOLL, Ramón (1966): *Lugones el apolítico y otros ensayos*, Buenos Aires, Peña Lillo.

DEVOTO, Fernando (2006): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.

LUGONES, Leopoldo (1994): *Lunario sentimental*, Madrid, Cátedra.

----- (1972): *El Payador*, Buenos Aires, Huemul.

- (1917): *Mi beligerancia*, Buenos Aires, Otero y García.
- (1919): *La torre de Casandra*, Buenos Aires, Atlántida.
- (1923): *Acción. Las cuatro conferencias patrióticas del Coliseo*, Buenos Aires, Círculo Tradición Argentina.
- (1930): *La Patria Fuerte*, Buenos Aires, Babel.
- (1930): *La Grande argentina*, Buenos Aires, Babel.
- (1931): *Política revolucionaria*, Buenos Aires, Librería Anaconda.
- (1932): *El estado equitativo*, Buenos Aires, La Editora Argentina.
- (1949): *Antología de la prosa*, Buenos Aires, Centurión.
- PALACIOS, Alfredo (1961): “Fascismo e imperialismo en la Argentina” en id., *Nuestra América y el imperialismo*, Buenos Aires, Palestra, pp. 38-78.
- PULTERA, Raúl (1956): *Lugones: elementos cardinales destinados a determinar una biografía*, Buenos Aires, s.e.
- RAMA, Ángel (1984): *La ciudad letrada*, Montevideo, Fundación Ángel Rama.
- ROCA, Deodoro (1956): *El difícil tiempo nuevo*, Lautaro, Buenos Aires.
- ROCK, David (1993): *La Argentina autoritaria*, Buenos Aires, Ariel.
- RODRIGUEZ, José (1926): *Poetas y bufones: polémica Vasconcelos-Chocano*, París, Agencia Mundial de Librería.
- ROUQUIE, Alan (1986): *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, t. I, Buenos Aires, Hyspamerica.
- SARLO, Beatriz (2007), *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- TARCUS, Horacio, *Marx en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- TATO, María Inés (2007): “Ciudadanos en movimiento: la sociedad porteña y la Primera Guerra Mundial”, disponible en <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/tato3.pdf>
- TERAN, Óscar (1993): “‘El Payador’ de Lugones o ‘la mente que mueve las moles’”, *Punto de Vista*, año XVI, n° 47, dic., Buenos Aires, pp.43-46.
- (1987): *En busca de la ideología argentina*, México, Catálogo editora.
- (2008): “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980” en ibid. (coord), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, siglo XXI.

YANKELEVICH, Pablo (2000): “Vendedor de palabras. Chocano y la revolución mexicana”, *Desacatos* 4, verano, México, disponible en <http://www.ciesas.edu.mx/Desacatos/04%20Indexado/Esquinas.pdf>